

Francisco Fernández Carvajal

CRISTO Y LA IGLESIA

- En la Iglesia encontrarnos a Cristo.
- Imágenes y figuras de la Iglesia. *Cuerpo místico de Cristo*.
- La Iglesia es una comunión de fe, de sacramentos y de régimen. La *Comunión de los Santos*.

I. La misión de Cristo no terminó con su Ascensión a los Cielos. Jesús no es solo un personaje histórico que nació, vivió, murió y resucitó para ser exaltado *a la diestra de Dios Padre*, sino que vive actualmente entre nosotros de un modo real, aunque misterioso.

Ante el peligro de que los primeros cristianos viviesen del solo recuerdo histórico de aquel Jesús que muchos de ellos «habían visto», y ante la situación de otros que parecían vivir solamente pendientes de la nueva venida de Cristo, que ellos juzgaban inminente, el autor de la *Carta a los Hebreos* escribió: *Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos*¹. Aunque los Apóstoles y los primeros guías de la fe mueran y no puedan dar testimonio directo de su fe, queda a los fieles un Maestro y un Guía que no morirá nunca, que vive para siempre coronado de gloria. Los hombres desaparecen; Cristo queda eternamente con nosotros. Él existió *ayer* con los hombres, en un pasado histórico concreto; vive *hoy* en los Cielos, *a la diestra del Padre*, y está hoy a nuestro lado, dándonos continuamente la Vida a través de los sacramentos, acompañándonos de modo real en las vicisitudes de nuestro caminar. La Humanidad Santísima de Cristo fue asumida solo por un tiempo determinado; la Encarnación fue decretada desde la eternidad, y el Hijo de Dios, nacido de María Virgen en el tiempo y en la historia, en los días de César Augusto, permanece hombre para siempre, con un cuerpo glorioso en el cual resplandecen las señales de la Pasión².

Cristo vive resucitado y glorioso en el Cielo y, de forma misteriosa pero real, en su Iglesia, que no es un movimiento religioso inaugurado por su predicación, sino que dice relación a la propia Persona de Jesús. La Iglesia nos hace presente a Cristo; es en Ella donde lo encontramos.

La grandeza de la Iglesia está precisamente en esa íntima relación con Jesús; por eso, es un misterio no abarcable con palabras. Ningún lenguaje humano es capaz de expresar su insondable riqueza, que toma origen en la misma Persona de Jesús y tiene como finalidad perpetuar su presencia salvadora entre nosotros. Más aún, la misión única de la Iglesia

consiste en hacer presente a Cristo, que se fue a los Cielos, pero anunció que *estaría con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*³, y conducirnos hasta Él. Afirma el Concilio Vaticano II que Él es el autor de la salvación y el principio de paz y de unión, y constituyó a la Iglesia «a fin de que fuera para todos y para cada uno el sacramento visible de esta unidad salvadora»⁴.

II. Señalaba Pablo VI que es decisivo para quienes seguimos a Cristo conocer la naturaleza de la Iglesia. «Y este conocimiento es tanto más importante, especialmente para nosotros católicos, cuanto que tantos errores, tantas ideas inexactas, tantas opiniones particulares circulan en las discusiones de nuestro tiempo». ¡Cuánta ignorancia, cuánto error! Muchos olvidan o desconocen que «la Iglesia es un misterio, no solo en el sentido de la profundidad de su vida, sino en el sentido también de que es una realidad no tanto humana e histórica y visible, cuanto divina y superior a nuestra natural capacidad de conocer»⁵.

La Sagrada Escritura muestra su naturaleza mediante diversas figuras que se complementan. Todas tienen como centro a Jesucristo y giran en torno a la unidad: es como un *redil*, cuya puerta es Cristo; *rebaño*, que tiene como Buen Pastor a Jesús, que nunca lo dejará en manos del enemigo o sin pastos; *campo y viña* del Señor; *edificio*, cuya piedra angular es Cristo, que tiene como cimiento a los Apóstoles y en el que los fieles realizan la función de *piedras vivas*. La Iglesia, llamada también *Jerusalén de arriba* y *Madre nuestra*, es descrita igualmente como *esposa inmaculada*⁶. Como explica San Pablo a los primeros cristianos de Corinto, la Iglesia es el *Cuerpo Místico de Cristo*⁷. A través de esta imagen se expresa con claridad cómo la Iglesia pertenece a Cristo y está unida a Él. Entre Jesús y la Iglesia, entre Jesús y los cristianos se establece una corriente de vida que los hace inseparables⁸. Por la unión vital e íntima entre Cristo y la Iglesia se pueden afirmar realidades que tomadas al pie de la letra solo pueden aplicarse a la Iglesia, y viceversa. Así, puede decirse que Cristo es perseguido cuando la Iglesia es perseguida⁹, que Cristo es amado cuando son amados los miembros de su Cuerpo, que se niega a Cristo cuando no se quiere ayudar a los fieles¹⁰. También podemos decir que «la pasión expiatoria de Cristo se renueva y en cierto modo se continúa y se completa en el Cuerpo místico, que es la Iglesia... Con razón, pues, Jesucristo, que padece todavía en su Cuerpo místico, desea tenernos por socios en la expiación, y esto lo exige también nuestra situación en Él; porque siendo como somos Cuerpo místico de Cristo, es necesario que aquello que padece la

cabeza lo padezcan con ella los miembros»¹¹. Se trata, pues, de una unión estrechísima y misteriosa.

Esta unión no impide que cada fiel tenga su propio ser, su propia personalidad. El yo individual de cada hombre no queda anulado al unirse a Cristo, ni tampoco el ser propio de la Iglesia, aunque sea configurado y vivificado por Él. Los fieles creyentes reciben del Señor la misma vida de la gracia; y esta participación de la vida divina configura la unión entre ellos. La íntima comunión de los fieles abarca tanto el aspecto interior, espiritual e invisible como el carácter externo y visible de la Iglesia. «Si la Iglesia es un cuerpo –explicaba Pío XII–, necesariamente ha de ser uno e indiviso; según aquello de San Pablo: *Muchos formamos un solo cuerpo (Rom 7, 5)*. Y no solamente debe ser uno e indiviso, sino también algo concreto y claramente visible (...). Por lo cual se apartan de la verdad divina aquellos que se forjan una imagen de la Iglesia de tal manera, que no pueda ni tocarse ni verse, siendo solamente un ser “neumático”, como dicen, en el que muchas comunidades de cristianos, aunque separadas mutuamente en la fe, se junten, sin embargo, por un lazo invisible. Mas el cuerpo necesita también multitud de miembros, que de tal manera estén trabados entre sí, que mutuamente se auxilien»¹².

III. La unidad de los fieles que forman el Cuerpo místico de Cristo está constituida por una comunión de fe, de sacramentos y de jerarquía, cuyo centro es el Papa.

La Iglesia es una *comunión de fe*, es decir, está formada por todos los bautizados, que han recibido una misma llamada de Dios y han correspondido con generosidad a esa llamada divina. Como consecuencia, confiesan la misma doctrina y están unidos por la misma vida divina que les comunica el Bautismo. Esta íntima unión, que brota de la fe, abraza conjuntamente la doctrina y la vida. En la antigüedad, cuando un bautizado se separaba de la doctrina o de la vida profesada y vivida por todos en la Iglesia, se le consideraba como *ex-comulgado*, esto es, que había roto la *común-uniión* de todos. Después pasó a ser un acto de la autoridad de la Iglesia por el que se consideraba a alguien fuera de la Iglesia, en casos extremos y especialmente graves.

En el Cuerpo místico de Cristo existe también una *comunión de bienes espirituales*, en los que se participa principalmente a través de los sacramentos. Por ellos se da a los fieles la vida divina, se les alimenta y fortalece. La Sagrada Eucaristía es la cima de la vida de la Iglesia, pues en ella se da la Comunión en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, se alcanza la unión más íntima entre Cristo y sus discípulos y, al mismo tiempo, se refuerza la unión

entre todos los que componen la Iglesia. La Sagrada Eucaristía es «la fuente y el culmen de la vida cristiana»¹³.

La Iglesia es también una *comunidad de mutuas ayudas sobrenaturales*. En ella se da una gran variedad y pluralidad de carismas y vocaciones, ordenadas a la unidad y bajo una misma jerarquía, cuyo centro es el Papa, sin el cual no puede subsistir la unión de una misma fe.

La unidad de la Iglesia tiene su concreción en la *Comunidad de los Santos*. Este dogma expresa la unión de los cristianos entre sí, pues *si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan*¹⁴. «La interdependencia de los cristianos unidos a Cristo por la caridad sacramental se organiza a distancia. Da a cada uno los tesoros de todos los demás, y a los demás los tesoros de cada uno»¹⁵. Todos nos necesitamos, todos nos podemos ayudar; de hecho, nos estamos beneficiando continuamente de los bienes espirituales de la Iglesia. Nuestra oración, el ofrecimiento del trabajo, de las pequeñas incomodidades que traerá el día de hoy, pueden ayudar eficazmente a tantos hermanos que están en camino de la fe y a quienes, estando cerca, no tienen aún la plena comunión. La consideración de esta eficaz ayuda que prestamos a otros nos debe alentar a cumplir acabadamente los deberes más pequeños y a darles un sentido sobrenatural, presentándolos al Señor como una ofrenda, pues «de la misma manera que en un cuerpo natural la actividad de cada miembro repercute en beneficio de todo el conjunto, así también ocurre con el cuerpo espiritual que es la Iglesia: como todos los fieles forman un solo cuerpo, el bien producido por uno se comunica a los demás»¹⁶. Esto nos debe animar a prestar ayuda a otros a través de la oración y del cumplimiento fiel del trabajo profesional. Un día, admirados, podremos contemplar en Dios el bien tan grande que hicimos a muchos cristianos y a la Iglesia entera desde nuestro despacho, la cocina, el quirófano o la besana. No dejemos que se pierda una sola hora de labor, una contrariedad o una larga espera. Todo lo podemos convertir en gracia y vivificar así, unidos a Cristo, todo su Cuerpo místico.

*Señor, mira complacido a tu pueblo y derrama sobre él los dones de tu Espíritu, para que crezca sin cesar en el amor a la verdad y busque, en la doctrina y en la práctica, la perfecta unidad de los cristianos*¹⁷.

1 Heb 13, 8. — **2** Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Epístola a los Hebreos*, EUNSA, Pamplona 1987, nota a Heb 13, 8. — **3** Mt 28, 20. — **4** CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 9. — **5** PABLO VI, *Alocución* 27-IV-1966. — **6** Cfr. CONC. VAT. II, *loc. cit.*, 6. — **7** Cfr. 1 Cor 12, 12-17. — **8** Cfr.

CONC. VAT. II, *loc. cit.*, 7. — **9** Cfr. *Hech* 9, 5. — **10** Cfr. *Mt* 25, 35-45. — **11** Pío XI, Enc. *Miserentissimus Redemptor*, 8-V-1928. — **12** Pío XII, Enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943, 7. — **13** Cfr. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 11; Decr. *Presbyterorum ordinis*, 5. — **14** *1 Cor* 12, 26. — **15** CH. JOURNET, *TEOLOGÍA DE LA IGLESIA*, DESCLÉE DE BROUWER, BILBAO 1960, p. 252. — **16** SANTO TOMÁS, *SOBRE EL CREDO*, EN *ESCRITOS DE CATEQUESIS*, RIALP, MADRID 1975, p. 99. — **17** MISAL ROMANO, *MISA POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS*, CIELO C. ORACIÓN COLECTA.

NOTA: EDICIONES PALABRA (POSEEDORA DE LOS DERECHOS DE AUTOR) SÓLO NOS HA AUTORIZADO A DIFUNDIR LA MEDITACIÓN DIARIA A USUARIOS CONCRETOS PARA SU USO PERSONAL, Y NO DESEA SU DISTRIBUCIÓN POR FOTOCOPIAS U OTRAS FORMAS DE DISTRIBUCIÓN.